





*Sarah McCarty*

*Deseo salvaje*

Traducción de Ruth Guajardo



*Phoebe*

Título original: *Running Wild*

Primera edición: marzo de 2009

Copyright © 2008 by Sarah McCarty

© de la traducción: Ruth Guajardo, 2008

© de esta edición: 2009, ediciones Pàmies  
C/ Julián Hernández, 8  
28043 Madrid  
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-96952-28-7

Diseño de la cubierta: Javier Perea  
Ilustración de cubierta: John Ennis

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por TECNOLOGÍA GRÁFICA, S.L.

Impreso en España

**Donovan**



## Uno

Iba a ser una de esas noches.

Donovan echó un trago a la cerveza y suspiró. No dejaban de pasar cosas pero ninguna de ellas merecía la pena, exceptuando la mujer que se aproximaba a las puertas de cristal del desvencijado lugar, el único que había en el pueblo para entretenerse, una mezcla de bolera, bar y sala de billar. Esa chica prometía. Medía alrededor de uno sesenta y aparentaba tener más carácter que un hombre lobo en luna llena. Era difícil distinguirla en detalle con la parka que llevaba, que le quedaba demasiado grande, y con el gorro que le llegaba hasta las cejas, pero le dio una impresión de ardiente feminidad, rasgos delicados y una boca grande que indicaba determinación.

La mujer golpeó fuertemente la puerta con los brazos estirados y el cuerpo rígido. Después se apartó el cabello castaño claro del rostro con un gesto de agresividad. Las luces de neón de los letreros empujados en la ventana iluminaron su expresión, revelando una mezcla de emociones, furia, desesperación, resolución, que parpadearon a la vez en la penumbra.

Estaba claro que tenía una misión. Donovan estaba tomando un sorbo de su cerveza para reconfortarse cuando se abrió la puerta y el frío aire nocturno reemplazó con un aroma de tormenta incipiente el hedor a humo y sudor.

—Mierda —dijo Wyatt. Se inclinó hacia delante. Su mirada se trasladó desde la mujer hasta el grupo de alborotadores que había al fondo jugando al billar. Las patas delanteras de su silla golpearon el suelo de hormigón con un golpe sordo.

—¿Algún problema? —Donovan inspiró profundamente, buscando instintivamente el olor de la mujer. Le llegó, ligero y etéreo, sazonado con la esencia femenina que su lobo interior había buscado durante toda la vida.

—Espero que no.

Por el tono de voz de Wyatt, no parecía tener muchas esperanzas. Donovan observó cómo la mujer atravesaba el bar, ignorando el saludo

del camarero, y se encaminaba en su dirección, dirigiéndose claramente hacia la parte más alejada de la sala. No distinguía con detalle su silueta dentro de aquel abrigo de invierno demasiado grande, pero sus piernas enfundadas en vaqueros eran delgadas y largas para su altura, y su fragancia —maldita sea, qué fragancia— al pasar junto a su mesa, lo envolvió como en un abrazo largamente esperado, penetrándole más allá de su piel, tan profundamente que llegó a su lobo interior. Tanto como para hacerle aullar. Donovan se irguió en la silla. Definitivamente, esa chica iba a causar problemas.

La señaló a sus espaldas.

—Eso es lo que se llama una mujer enfadada.

—Es Lisa Delaney. —Wyatt empujó la silla—. Y tiene derecho a estarlo.

—¿La ha dejado el novio? —Un novio sería una complicación, pero nada que él no pudiera manejar. Un marido sería un obstáculo mayor.

—Peor. —Su compañero se puso en pie. Su placa captó la luz del fluorescente, un tenue reflejo del poder que ostentaba. Donovan se preguntó si alguien de esa cerrada comunidad sabría que un hombre lobo era el encargado de hacer respetar sus leyes.

—Mucho peor —murmuró Wyatt, mientras la mujer cogía un palo de billar y se aproximaba a la parte de atrás, donde cuatro hombres veinteañeros estaban jugando una partida que estaba degenerando a marchas forzadas.

No era un grupo al que Donovan habría elegido unirse si hubiera sido chica. Los hombres estaban demasiado aburridos, borrachos y demasiado satisfechos consigo mismos. Una mala combinación, lo mires por donde lo mires. Sin embargo, la mujer no dudó ni se apartó de su camino, se limitó a apretar el taco y seguir adelante. Si fuera una loba, habría dicho que estaba marcando su presa.

El vello de su nuca cosquilleó avisándole.

—¿Qué es peor? —dijo Donovan.

—Una mujer entre la espada y la pared. —Wyatt no le quitaba los ojos de encima—. Mierda, me lo temía. Vamos.

Lisa Delaney llegó al grupo de alborotadores antes de que Donovan pudiera dar ni tres pasos. El más bocazas de todos, Buddy, levantó la mirada.

—Vaya, mirad quién está aquí. ¿Has venido a retomar lo que dejó tu hermana?

El “sí” de la muchacha le llegó a Donovan a través de la distancia. Suave, ronco, cargado de tensión. Sin perder el paso, la joven le clavó

el taco en la entrepierna. Buddy gritó y se apretó las pelotas. Como todos los demás hombres que había alrededor, Donovan se estremeció. Y, como todos los demás, dio un paso hacia delante. La chica atacó de nuevo, un despiadado gancho a la cara que lanzó a Buddy contra la pared. Éste se agarró la nariz y pidió ayuda. Uno de sus amigos se adelantó. Pero otro hombre de una mesa vecina le cogió los brazos y se los inmovilizó. Un vistazo rápido le hizo ver que sus otros dos amigos se encontraban en la misma situación, inmovilizados por ciudadanos de rostro severo e impassible. Wyatt adoptó una actitud protectora hacia Lisa, pero no hizo ademán de interferir.

Estaba claro. Se tratara de lo que se tratara, era algo personal. Y merecido.

Lisa volteó el palo y cargó contra su estómago.

—Era su primera cita, gilipollas.

La base dio con algo sólido. A Buddy se le escapó el aire de los pulmones y se dobló en dos. El siguiente golpe le dio en la espalda. Donovan creyó oír cómo se rompía una costilla. Antes de ponerse a cuatro patas en el suelo, Buddy se puso a gimotear como un bebé.

—Su primera vez en todo —rugió la joven.

Le golpeó de nuevo. Buddy pidió socorro a gritos, intentando parar el golpe con el brazo y gritando de nuevo al chocar contra el taco. Los hombres de facciones duras que rodeaban el escenario no se movieron ni un milímetro, limitándose a observar la situación impassiblemente por debajo de sus gorras de béisbol. La mujer levantó el palo de nuevo, sin apenas aliento por la fuerza de la emoción que la embargaba.

—Y le hiciste daño.

Era casi un sollozo.

Buddy se llevó las rodillas al pecho y se hizo una bola, cubriéndose la cara con los brazos, pero dejando la nuca al descubierto. La joven no aprovechó la oportunidad.

—Maldita sea, le hiciste daño.

Donovan miró a Buddy. No hacía falta ser un genio para saber de qué iba el asunto. El gusano que se encogía en el suelo se había aprovechado de una chica inocente, que debía de ser familia de esa mujer.

La luz se reflejó en las lágrimas que rodaban por las mejillas de Lisa, en el odio de sus ojos, la impotencia de su alma mientras luchaba en su interior con la ética de lo que estaba haciendo.

—No tenías derecho.

El siguiente movimiento no fue tan fuerte como los otros. Rebotó en el muslo del chico.

—No se lo merecía.

Otro golpe mucho menos fuerte. Un temblor apenas visible se apoderó de sus brazos al comenzar a darse cuenta de la realidad.

Lisa no sería capaz de matar a aquel cobarde hijo de puta. Donovan se acercó y cogió el taco mientras ella volvía a levantarlo. La sorpresa le hizo levantar la mirada. Sus ojos eran de un azul brillante; estaban llenos de lágrimas y un dolor que le desgarraba el corazón.

La adrenalina se mezcló con su aroma al considerar su altura y la fuerza con la que sostenía el taco. Una llamada primitiva e instintiva a la que cualquier lobo macho se vería obligado a responder. Le llegó con mucha más fuerza de lo que debía, y se lo tomó también mucho más personalmente. Donovan levantó el palo aún más, intensificando la tensión entre ambos.

—O lo matas o dejas que se ocupe la ley.

Ella tiró del taco, fulminando con la mirada a Buddy que se había puesto boca arriba gimoteando.

—Yo no tengo por qué hacer nada.

Sus músculos no podían enfrentarse a los del desconocido. El palo siguió entre ambos.

—Tienes que hacerlo.

—La ley no hará nada contra esa basura.

Donovan dirigió una mirada a Wyatt.

—¿Es cierto?

La boca del otro se transformó en una lúgubre raya.

—El fiscal del condado se negó a presentar cargos.

—Porque la madre de Buddy lo compró —rugió la joven echando el pie hacia atrás. El muchacho se encogió de temor. Lisa no le golpeó, se limitó a observar cómo se alejaba arrastrándose con los hombros extrañamente tensos.

Wyatt suspiró.

—Es verdad. Pero eso no significa que la ley vaya a ser tan indulgente contigo si vas más lejos.

—Me da igual. —Lisa tiró del taco. Donovan lo soltó al siguiente tirón, dejándole que se lo quedara, sin poder creer lo que oía acerca de las leyes humanas. Ninguna súplica de ninguna madre habría salvado a un hombre que se atreviera a tocar a una mujer lobo. Sus parientes habrían sido juez, jurado y verdugo, y si no tenía a nadie, esa tarea habría recaído en los Protectores de la manada. En su caso, significaba que él o su hermano habrían defendido a la mujer. La ley de la manada no tenía piedad en casos como aquel.

La boca de Wyatt expresaba su propia insatisfacción respecto a las leyes humanas mientras cumplía con su deber.

—Has hecho todo lo que podías, Lisa.

Ella miró indignada a Buddy; el gorro y su melena ocultaban su expresión. El humo rancio se arremolinó en torno a su cabeza como si se tratara de un velo, al repetir ásperamente:

—No.

—Sí.

Wyatt alargó la mano para coger el taco. Los labios de su compañero se curvaron para emitir un sonido que sólo otro lobo sería capaz de oír. Wyatt le miró de soslayo. Donovan negó con la cabeza y cruzó los brazos. Esa mujer tendría su oportunidad, fuera la que fuera. El sheriff retrocedió, levantando una ceja con aire de sorpresa.

Buddy aprovechó la distracción para ponerse en cucullas. Logró levantarse apoyándose en la pared, mientras se sujetaba la nariz y un costado. La sangre manaba entre sus dedos, tan roja y caliente como la rabia que tenía dentro.

—Putá.

—Por supuesto. —Lisa metió el palo por el hueco que había entre su mano y su brazo, clavándose bajo la nuez, y apretando mientras los ojos de su oponente se abrían como platos. Como era unos diez centímetros más baja que él, significaba un ángulo especialmente doloroso—. Y si te acercas de nuevo a mi familia, verás lo mucho que lo puedo ser.

La respuesta de Buddy fue un ronco gruñido que hizo que los hombres que los rodeaban se movieran incómodos. Donovan se situó mejor para cubrirle las espaldas y esperó. Eso sólo podía acabar de una manera, y no iba a ser violentamente. Lisa Delaney no tenía el corazón de una asesina, por mucho que lo deseara en ese momento.

Esas ansias se empezaron a evaporar. La necesidad de ver a ese hombre sufriendo, el deseo de poseer los recursos para matarlo se vieron sustituidos, lenta y amargamente, por la aceptación de que no era capaz de finalizar su misión. Buddy se aprovechó de sus dudas y apartó el taco. Lisa retrocedió un paso, y luego otro, empujada por la fuerza de Buddy y la sonrisa burlona de su rostro, ahora que se encontraba en situación de ventaja.

Si daba otro paso, se toparía con Donovan. El calor de su cuerpo acarició al hombre de los pies a la cabeza en una sutil seducción. Salvó la distancia entre ambos, alcanzó el palo, y añadió su fuerza a la suya. Ella le lanzó una mirada sorprendida por encima del hombro cuando

su espalda chocó contra su pecho, antes de volverse de nuevo, agarrar el taco de billar, y echar su peso encima. Él ajustó el ángulo ligeramente, empujando y levantándolo hasta que Buddy se encontró de nuevo contra la pared, esta vez colgando del extremo del palo, desposeído de toda sonrisa burlona, y con una sombra azulada sobre su rostro que no auguraba nada bueno para su supervivencia.

—Si quieres decir algo, quizá sea el momento de hacerlo —le urgió Donovan al ver dudar a Lisa.

—Puedo arreglármelas.

—No te lo discuto, pero he pensado que quizá quisieras añadir algo antes de que se desmaye.

Ella le lanzó otra mirada. Por un breve instante, su cuerpo descansó contra el suyo, apoyándose en él. Éste sintió en el fondo de su alma lo adecuado de esa posición. En su interior, el lobo aulló “Mía” tan fuertemente que le pareció imposible que no lo oyera.

Wyatt sí que lo hizo. Le lanzó una mirada extraña antes de adelantarse.

—Lisa, tienes que soltarlo.

—¿Para que lo haga de nuevo? ¿A otra persona? —negó con la cabeza y agarró con más fuerza el taco —. No.

—Si lo hace, lo cogeremos.

—Y su madre lo salvará de nuevo.

—No. No lo hará.

Donovan reconoció la promesa tras esa declaración. Wyatt no había perdido todas sus costumbres después de todo. Bien. Eso facilitaría su tarea. Buddy se arrastró hacia un lado y Lisa dio un traspié. Donovan le pasó una mano por la cintura, obligándola a apoyarse en él de nuevo. Los suaves y femeninos músculos de su abdomen se estremecieron al tocarla. Al encontrarse en una situación que no estaba preparada para afrontar, tenía miedo y se sentía insegura, pero estaba decidida a llegar hasta el final. Esa mujer tenía agallas.

—Eso no lo puedes asegurar —le dijo a Wyatt.

—Lo que puedo prometerte es que si lo matas, tu hermana ya no tendrá a nadie. Se encontrará sin protección.

Buddy hizo un extraño sonido con la garganta, como si se estuviera tragando las amígdalas. Donovan sintió cómo Lisa se volvía a estremecer al mirar la cara color púrpura de su enemigo, el taco de billar, sus manos sobre las suyas en la base. Con una pequeña exclamación, soltó el palo y se separó de él. El impacto de la madera al golpear el suelo hizo que todo el mundo se pusiera en movimiento. Los curiosos retro-

cedieron; Buddy tropezó cayendo hacia delante. Donovan la cogió de la mano y la empujó a un lado.

Buddy se sujetó la garganta con las manos. Sus amigos se metieron por medio dando una patada al taco, que rodó por el suelo de cemento traqueteando.

La mujer miró el palo, y después a Buddy y al grupo de hombres que lo apoyaban. Sus manos se convirtieron en puños. Todo lo que quería decir se encontraba en sus ojos, junto con la certidumbre de que no serviría para nada. Nada de lo que hiciera iba a cambiar lo que había sucedido, y a no ser que matara a Buddy, nada iba a eliminar la amenaza que representaba.

Levantó los labios tratando de hacer una mueca.

—No te acerques ni a mí ni a ninguno de los míos nunca más.

Con la misma determinación con la que había entrado, giró sobre sus talones y se marchó con un paso tan seguro como antes. Pues sí, esa chica tenía coraje.

Donovan la siguió a paso lento, con zancadas más cortas. No quería ponerse a su altura mientras estuviera dentro. Cogió su abrigo de la silla. Cuando estaba a mitad de camino, oyó que el tipejo se movía, y el murmullo de voces ofendidas que estaban echando leña al fuego. Se volvió. Buddy miraba ferozmente a Lisa con su rostro amoratado y ensangrentado lleno de odio. Apartando a los amigos que lo sostenían, se separó de la pared, oscilando.

—Esto no se ha acabado aquí, Delaney —gritó a la espalda de Lisa. Incluyó a todos los clientes del bar en su siguiente mirada mientras se limpiaba la sangre del rostro y murmuraba—: Ni mucho menos.

La amenaza obligó a Donovan a volver sobre sus pasos. Cinco zancadas y estaba frente al hijo de puta. Lo cogió por el cuello cubierto de moratones, lo levantó con una mano y lo suspendió sobre su cabeza dejando que se agitara, que sintiera toda la fuerza de su lobo, sus garras afiladas como cuchillas sobre la yugular y la médula espinal antes de gruñir:

—Puede que a ella no le apetezca sacarte las tripas, pero a mí no me importaría nada en absoluto.

El hedor a amoníaco hirió sus fosas nasales. Donovan soltó a Buddy, resoplando asqueado. Ese cobarde se había meado en los pantalones. Se dio la vuelta y se detuvo antes de chocarse contra Wyatt. Con un gesto del pulgar indicó al hombre que se encontraba sobre el charco de su propia orina.

—¿Y a nosotros nos llaman animales? Ni siquiera están amaestrados.

## Dos

—¡Joder, ponte en marcha!

Lisa giró la llave de nuevo. El motor gimió pero no llegó a arrancar. Tenía que marcharse. Buddy y sus amigos no se iban a quedar sentados después de esa humillación. Echó un vistazo al bar. La silueta de un hombre se enmarcó en la puerta bloqueando la luz, antes de lanzarse a la noche. Era el desconocido del bar. Sus hermanas y ella no llevaban mucho tiempo viviendo allí, pero en un pueblo tan pequeño como Haven, solo se necesitaba un día para conocer a todo el mundo, y la gente desconocida llamaba la atención.

Sobre todo alguien como ese. Alto, moreno y masculino. Si no hubiera estado tan furiosa, se habría quedado embobada al verlo. En un principio había creído que Wyatt era el hombre más guapo que había conocido, pero el desconocido tenía algo más. Quizá fuera la espesa melena que llevaba por los hombros, dándole un aire de chico malo. Quizá el modo en que sus pómulos sobresalían sobre sus mandíbulas cuadradas. A lo mejor se trataba del aura salvaje que emitía a su alrededor como otros hombres podían llevar vaqueros, de forma natural y despreocupada. Fuera lo que fuera, se había colado bajo el “no tengo tiempo para esto” cargado de desesperación que le había acompañado durante los últimos años de su vida amorosa y había hecho renacer su interés por el sexo opuesto. Ni más ni menos, en medio de su rabia y de su venganza. Tenía que ser algo de la testosterona que ese hombre llevaba encima.

La puerta del bar se abrió, extendiendo el reflejo amarillo de la luz en el vago diseño de color que lanzaban los letreros de neón. El hombre avanzó entre el desorden de luces y sombras, y entonces... desapareció. La muchacha pestañeó y entrecerró los ojos para ver a través de la tremenda nevada que estaba cayendo, con la mano en la llave de contacto. Escudriñó la zona, siguiendo la trayectoria del camino. No apareció. Se acordó de cómo se había puesto detrás de ella, de cómo había sujetado el taco cuando le habían fallado las fuerzas. Nunca se había sentido tan asustada o aterrorizada como cuando la rabia había dismi-

nuido y se había quedado allí, dándose cuenta de lo que acababa de hacer, pero él la había ayudado, le había prestado su fuerza, y su miedo se había evaporado.

Exploró la oscuridad, percatándose del aislamiento del aparcamiento, de la negrura de la noche. El miedo volvió a apoderarse de ella. Las personas no desaparecen, y los hombres que lo hacen, mientras una se encuentra sola en un aparcamiento oscuro, son hombres que deben evitarse. Giró la llave de nuevo. El motor de arranque resolvió una orden. El coche la ignoró.

—Vamos, Bessie, no me hagas esto ahora.

El motor gruñó y farfulló, pero no arrancó.

—Si te pones en marcha, te daré una botella del mejor aceite que tenga en casa. —Por un momento creyó haber detectado una nota de alegría en el motor—. No es cualquier cosa — canturreó. Otra falsa esperanza. Se detuvo y miró a su alrededor, con las alarmas encendidas. No se veía nada. Solo montones de nieve que acababan de caer, acariciados por la luz de la luna, que hacía parecer viva a una ciudad demasiado testaruda para reconocer que estaba muerta. El viejo asiento de cuero crujió protestando contra el frío cuando se inclinó hacia delante y acarició el salpicadero.

—¿A que te gustaría? Aceite recién comprado, con aditivos para hacerlo más sabroso.

Pensar que hablar amablemente a un vehículo iba a arreglar lo que un mecánico le había advertido que le iba a costar cientos de dólares solucionar, era una locura, pero estaba sin blanca. Sus hermanas y ella habían invertido cada céntimo de su parca herencia en la vieja granja en los límites del parque nacional, que esperaban convertir en un próspero refugio para fotógrafos y amantes de la naturaleza. Aunque Haven se encontraba a cincuenta kilómetros del turístico pueblo de Berder, Montana, bordeaba el mismo parque, y por tanto podía ocuparse de los mismos turistas. Sin embargo, su mayor atractivo había sido definitivamente que la propiedad costaba la mitad que otras en zonas más de moda. Pero incluso a la mitad de precio, el lugar les había costado todo el dinero que poseían. Sin el trabajo de su hermana mayor Heather, no habrían podido costearse las reformas. Dada la situación, lo único que podía ofrecerle a su coche eran aquellos halagos. El aullido del viento convirtió los pesados copos en una impenetrable pared de nieve, alimentando la desesperación que estaba intentando contener por todos los medios. Y se estaba quedando sin fuerzas para contraatacar.

Flexionó los dedos dentro de los guantes para aliviar la rigidez cau-

sada por el frío. La temperatura estaba descendiendo rápidamente. Esperaba que su hermana se acordara de llevar más madera. Si eso se convertía en una ventisca, iban a necesitarla. No se podía confiar mucho en el viejo horno y sus reservas de aceite se estaban acabando, pero afortunadamente la casa venía equipada con una estufa y una montaña de leña.

Sopló una racha de viento que zarandeó el vehículo. Limpió el cristal que se estaba empañando. Un golpecito a su izquierda le arrancó un grito y se dio la vuelta. Era él, el desconocido del bar. Y por mucho que la hubiera hecho sentirse a salvo en medio de esa estúpida bronca, allí fuera, a merced de los elementos, le daba un miedo mortal. Probablemente porque le parecía que estaba de lo más cómodo en esa tormenta salvaje.

No abrió la ventana, sino que se limitó a gritar a través de ella. No porque ese cristal le ofreciera mucha protección, pero era mejor que nada.

—¿Qué quieres?

—Sacarte de aquí. —Se aproximó a la parte delantera de la camioneta—. Abre el capó.

Si le obedecía, podía hacer lo que quisiera con Bessie. Pero la verdad, como parecía que ésta no estaba de humor para cooperar, las cosas no podían ir peor.

Buscó bajo el salpicadero y tiró de la palanca. El metal cedió con un ruido sordo. Él se aproximó y abrió el capó, bloqueándole la visión de todo menos de la superficie pintada hasta la saciedad. Oyó como colocaba el soporte y después nada. Ese hombre podía estar haciendo cualquier cosa a su querida camioneta, desde destrozarse todos los cables hasta arreglarlos. Un destello de luz a su izquierda le hizo volver la mirada. En el umbral se recortaba otra silueta. Aparte del desconocido, solo había un hombre en el pueblo con unos hombros tan anchos y unas caderas tan estrechas. Solo otro que se internara en la noche como si le perteneciera: el sheriff.

Durante un instante, la nieve se puso a girar y Wyatt desapareció como lo había hecho el forastero, pero al pestañear lo vio de nuevo, dirigiéndose hacia ella en medio de la tormenta con la misma actitud autoritaria. Se preguntó si serían parientes. Al menos eso explicaría la aparición del desconocido en el lugar y la extraña manera en que los dos parecían dominar el espacio que había a su alrededor.

Abrió la puerta y salió. El viento se coló por su abrigo con eficacia despiadada. La crudeza del tiempo era otra de las cosas que su hermana y ella habían subestimado cuando decidieron trasladarse desde la ciu-

dad. Lisa se arrebuja en su abrigo y fue hasta la parte delantera del coche donde el forastero estaba enredando con un montón de cables.

—¿Sabes algo de motores?

Él no la miró, tan sólo siguió trabajando en una determinada conexión.

—No. La verdad es que solo me gusta jugar con los cables.

No podía culparle por el sarcasmo. Había sido una pregunta estúpida.

—¿Podrás arreglarlo?

—Te lo diré dentro de un rato.

Estaba helada pero no pensaba volver al bar ni en sueños. Metió las manos en los bolsillos y se estremeció.

—Gracias.

—De nada. —Le dirigió una mirada. Sus profundos ojos marrones parecían contener todo el calor que a ella le faltaba—. ¿Por qué no esperas dentro del coche?

—Estoy bien.

Otro estremecimiento desmintió sus palabras.

—Ya veo.

Él se enderezó. Le impresionó de nuevo lo alto que era, más de un metro ochenta. Y ella apenas llegaba al metro sesenta. Harían una pareja ridícula, aunque a sus hormonas no le importaba. La joven contempló sin aliento cómo se desabrochaba los botones de cuerno de alce de su grueso abrigo de lana. Como si oyera la llamada, el viento sopló de nuevo, aplastándole la camisa contra la poderosa superficie de su pecho. La tela se apretó contra su estómago plano, revelando las largas marcas de los músculos que convergían en sus esbeltas caderas y fuertes muslos.

Sus hormonas comenzaron a canturrear algo que sería más adecuado en un local de striptease que en un aparcamiento. *Quítatelo, quítatelo todo.*

Se humedeció los labios.

—Gracias por la ayuda allí dentro.

—De nada.

Se quitó el abrigo. A ella se le cortó la respiración. El hombre hizo ademán de desabrocharse la camisa, lo que no le pareció mal. Bajo cero o no, tenía la terrible impresión de que solo un vistazo a su pecho le haría explotar en llamas. Al menos, estaría bien poder alargar la mano y explorar esos músculos que distinguía a través del algodón negro de su camisa. Las rodillas le flojearon, se le doblaron solo de pensarlo, y

sintió que con un solo roce de su dedo caería sobre la nieve en una postura de lo más lasciva.

—¿Te das cuenta de que estamos bajo cero?

Él le pasó el abrigo por los hombros, colocándole el cuello bajo la barbilla antes de abrocharle el botón.

—Al ver la forma en la que estás temblando, yo diría que sí.

El abrigo estaba cálido por su cuerpo, fragante por su olor, un aroma adictivo y agradable que le hizo inspirar profundamente. Y luego, otra vez, antes de reprimirse. *¿Qué es lo que tenía ese hombre?*

—No puedo aceptar tu abrigo.

—Durante un rato no lo necesitaré.

Con él todo se trataba de *un rato*.

—Entonces ya te habrás quedado helado.

Hizo ademán de desabrocharse el botón. Él puso sus manos sobre las de ella.

—No.

Una palabra simple, una orden susurrada, enunciada con la expectativa de ser obedecida.

—No acepto tus órdenes.

—No creo que las aceptes de nadie —dijo Wyatt, apareciendo a su lado—, pero en este caso estaría bien que la consideraras una sugerencia razonable.

Del pecho del desconocido salió un sonido. Se trataba claramente de un gruñido. Wyatt se apartó a un lado, mostrando su sonrisa en la comisura de sus labios.

—Donovan se puede poner temperamental cuando su... una mujer sufre.

Ella hizo caso omiso del titubeo.

—Donovan tendrá que adaptarse.

Movió las manos. Donovan le obligó a levantar la barbilla con el dedo que mantenía bajo su barbilla. Le pasó el pulgar por la mandíbula en una caricia que alcanzó sus terminaciones nerviosas más sensibles. ¿Le afectaba tanto ella a él como al contrario?

—No —le aseguró él suavemente—. No lo hará.

Como para demostrar su afirmación, le abrochó el resto de los botones tan rápido que no se podían distinguir sus dedos, atrapándola eficazmente dentro de los gruesos pliegues. La joven se quedó allí en la oscuridad entre los dos hombres, con el abrigo de Donovan protegiéndola del frío igual que su dueño lo había hecho de las repercusiones de su violencia un poco antes.

Cruzó los brazos sobre el pecho bajo el abrigo. No estaba acostumbrada a que la cuidaran y ahora no sabía lo que tenía que hacer: ¿protestar contra su despotismo o permanecer aislada del frío? Su abrigo era cálido, muy cálido, y su masculino aroma se extendía por su piel de forma deliciosa. No recordaba que otro olor de hombre le hubiera afectado tanto como ese; podría pasarse aspirándolo toda la vida.

El dorso de sus dedos le rozaron las mejillas.

—Wyatt te llevará a su coche mientras yo me ocupo del tuyo.

Ella levantó las cejas.

—¿Ah sí?

Wyatt le puso una mano en el hombro.

—Eso parece.

La joven se plantó en el suelo, haciendo una mueca cuando los pies le hormiguearon protestando.

—A mí me parece que no.

Donovan frunció el ceño.

—No tienes por qué pasar frío.

—Tú tampoco.

La expresión del hombre se suavizó.

—No tengo frío.

Y sorprendentemente, no lo parecía. Estaba allí en mitad de la cruda tempestad, tan relajado como si hiciera veinte grados, mientras que los pies de la joven se estaban convirtiendo en bloques de hielo. Golpeó el suelo para volver a sentirlos. Él les echó un vistazo, y después volvió a mirar a Wyatt.

—Llévala al coche.

La firmeza de la orden tomó la decisión por ella.

—Tú no eres quién para darme órdenes. —Se apartó de la mano de Wyatt—. Y yo no voy a ninguna parte.

Sacó la mano y se puso a desabrocharse los botones.

—Y me niego a aprovecharme de nadie.

—La única que va a sufrir eres tú —la contradijo Donovan.

—Tienes que tener frío.

Él se encogió de hombros.

—No lo tendré durante un rato, pero tus pies ya están helados.

—Mi coche está allí mismo —señaló Wyatt hacia el otro lado del aparcamiento.

Como si ella no lo supiera. Las llamativas luces en lo alto lo delataban. Levantó la barbilla.

—Estoy bien.

No iba a dejar a nadie solo con su camioneta. Era lo único que se interponía entre su familia y la indigencia.

—Puedo responder por Donovan.

La joven puso los ojos en blanco.

—No te va nada el papel de inocente, Sheriff.

—Estaba intentando darte confianza.

—Se me ha acabado toda la confianza. —Los hombres atractivos que pensaban que su aspecto les proporcionaría una consideración especial se encontraban en lo más bajo de su escala últimamente. Y los que eran como Wyatt y Donovan, bueno, estaría loca en confiar en ellos—. Me quedo con mi coche.

Wyatt miró a Donovan y se encogió de hombros.

—Lo he intentado.

Del desconocido salió de nuevo un ruido sordo. Lisa levantó un pie del pavimento solo un momento, más para cambiar el peso del cuerpo que otra cosa, pero como si fuera un imán, ambos hombres reaccionaron inmediatamente y sus miradas se clavaron en su desastrado calzado. Antes de que pudiera darse cuenta, Donovan la tenía en sus brazos. Aunque entre los dos se interponían dos capas de abrigo, ella podía sentir la firmeza de sus músculos mientras se movían. Y era imposible ignorar su olor, así de cerca. Si antes lo había considerado adictivo, ahora pensó que era embriagador. Él la levantó aún más y abrió la puerta del coche. El asiento de cuero crujió cuando la dejó encima. El desconocido no se apartó. La joven podía ver destellos ámbar en sus ojos castaños. La manera en la que reflejaban la luz era a la vez hermosa e hipnotizante. Colocó las palmas contra su pecho. No estaba frío en absoluto.

—Estás tan caliente. —Se maravilló al notar la cantidad infinita de energía que le transmitía, haciendo que sus palmas le cosquillearan de una manera que desafiaba toda descripción. Se quedó sin aliento mientras él pasaba sus manos por los lados del abrigo con un susurro. Se centró por completo en el camino de esas manos, en las terminaciones nerviosas bajo su piel que cobraban vida ante la sutil presión, esforzándose por sentir la más mínima de las sensaciones mientras sus dedos le rozaban las caderas, más allá de los muslos...

—Tú no —comentó él arrastrando las palabras, en un tono tan bajo y fluido como su roce. El calor de sus palmas se instaló más allá de sus rodillas, encendiendo un fuego en su estómago. Sus dedos se quedaron en el exterior mientras sus pulgares le presionaban el interior—. Pero yo puedo remediarlo.

Sacudió los codos dentro del abrigo, buscando el humor para luchar contra el vergonzoso deseo.

—Pensaba que ya lo habías hecho —dijo Lisa.

Él le abrió las piernas y se coló dentro. El deseo se apoderó de ella como una bomba ardiente de necesidad cuando su entrepierna se acomodó contra la suya. Ahogó un grito, y la risa sofocada, absolutamente masculina que recibió como respuesta solo sirvió para alimentar el fuego invisible que devoraba su carne.

—¿Qué haces?

Donovan se inclinó con unos ojos que parecían resplandecer, con esa extraña energía envolviéndola, arrastrándola, mientras sus dedos se deslizaban bajo sus cabellos para levantarle la nuca.

—Reclamo lo que es mío.